

La Gran Revolución Socialista de Octubre: Conquistas, Distorsiones, Enseñanzas

(Con motivo del centenario de la revolución rusa)

Eduardo Ibarra

El próximo 7 de noviembre se cumple el Centenario de la Revolución Rusa, que, por haberse producido el 25 de octubre según el calendario juliano vigente entonces en Rusia, ha pasado a la historia con el nombre de la Gran Revolución Socialista de Octubre. Este es pues su nombre histórico. Este nombre sirve para diferenciar la revolución proletaria de octubre de la revolución democrática burguesa de febrero. Pero desde 1918 rige en Rusia el calendario gregoriano, y, por esto, el aniversario de la Revolución Rusa se cumple el 7 de noviembre. En circunstancias en que el proletariado de todos los países se apresta a conmemorar el centenario del acontecimiento que cambió la faz del mundo, van las siguientes notas.

Conquistas e importancia histórico-mundial de la revolución rusa

El Centenario de la Revolución Rusa se cumplirá cuando su producto histórico, la URSS, ya no existe. Esta realidad impide limitar el análisis de tan grande acontecimiento a sus conquistas y a su trascendencia histórico-mundial, pues obliga a examinar las causas de sus distorsiones y a reseñar las enseñanzas que ha dejado su experiencia.

La Revolución de Octubre nacionalizó la tierra y la entregó en usufructo al campesinado, liquidando así el

régimen servil; proclamó la *Declaración de los derechos de los pueblos de Rusia*, en la cual, entre otras cuestiones, se estableció la igualdad de todas las nacionalidades y garantizó el derecho a la autodeterminación; decretó una paz por separado con Alemania que le permitió al pueblo soviético salir de la tortura de la guerra; declaró anulados los tratados secretos firmados por el Gobierno Provisional desde febrero hasta el 25 de octubre de 1917; decretó el control obrero y el derecho de revocación; proclamó la *Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado*; decretó la enseñanza gratuita y la asistencia médica a la población a cuenta del Estado; implantó la jornada laboral de ocho horas; asumió los costos del seguro social de los trabajadores en caso de enfermedad, inutilidad para el trabajo y paro; dio inicio a la incorporación de las masas trabajadoras a la administración del Estado.

Además, la Revolución de Octubre confiscó las empresas del Estado burgués-terrateniente; asumió la dirección del Banco de Estado, nacionalizó los bancos privados y declaró la banca monopolio estatal; anuló los empréstitos exteriores que el gobierno zarista y el Gobierno Provisional habían recibido del extranjero; confiscó las empresas capitalistas; nacionalizó el transporte, la flota mercante y el comercio exterior; introdujo la planificación de la nueva economía; estableció el control y la contabilidad de la producción y la distribución.

Estas fueron las principales conquistas de la Revolución de Octubre en los primeros tiempos de su existencia.

Pero, sin duda, su conquista más importante (por eso la mencionamos aparte) fue la destrucción del aparato principal del Estado burgués y el establecimiento del poder de los Soviets. De esta forma marcó el camino de la revolución proletaria mundial y, por tanto, el inicio de la lucha del proletariado internacional por el paso del reino de

la necesidad al reino de la libertad. Esta es su trascendencia histórico-mundial.

Los hechos de la Revolución de Octubre tienen que ser analizadas a partir de las condiciones concretas de su desarrollo y, al mismo tiempo, teniendo en cuenta los principios de la dictadura del proletariado que Marx y Engels derivaron de la Comuna de París de 1871.

La Comuna de París y la dictadura del proletariado

La Comuna de París fue el resultado de la acción espontánea del proletariado parisiense. Producida en unas condiciones inmaduras para la revolución proletaria desde el punto de vista histórico-mundial, debido a la concurrencia de una serie de factores significó un verdadero salto hacia adelante: descubrió la forma de la dominación política del proletariado, es decir, el tipo de Estado con las características necesarias para llevar adelante la lucha por la realización del comunismo.

En efecto, la Comuna de París demolió el aparato estatal de la burguesía e instauró un tipo de Estado que, según señaló Engels, no era ya un Estado en el sentido estricto de la palabra, sino un semi-Estado, un Estado en extinción.

¿Por qué la Comuna de París fue un Estado en extinción? Porque sus funciones no fueron ejercidas por aparatos especializados sino por las clases trabajadoras.

El descubrimiento del Estado en extinción *fue la esencia de la Comuna y su enseñanza fundamental.*

Lenin señaló con razón: «Los creadores de la Comuna de París no la comprendían, la creaban con la genial intuición de las masas despertadas, y ni una sola fracción de los socialistas franceses tenía noción de lo que hacía.» (*Obras*

escogidas en doce tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1976, t. VIII, p. 41).

Precisamente esta acción espontánea del proletariado parisiense fue elevada por Marx y Engels al nivel de la conciencia teórica. Al respecto, Lenin señaló: «Sin caer en utopías, Marx esperaba que la *experiencia* del movimiento de masas daría respuesta a la pregunta de qué formas concretas tendría la organización del proletariado como clase dominante y de qué modo esta organización sería compatible con “la conquista de la democracia” más completa y consecuente.» (*ibídem*, t. VII, p. 38; cursivas en el original).

Marx y Engels analizaron la Comuna de París desde el punto de vista de la realización del comunismo. Es decir, el socialismo no fue concebido por ellos como un fin en sí mismo, sino como un período de transición al comunismo, meta universal del proletariado. Por eso ambos se declararon comunistas.

Los blanquistas formaban la mayoría en el Consejo de la Comuna de París y los proudhonistas la minoría y, como es de conocimiento general, ambas tendencias eran opuestas a la dictadura del proletariado. Recuperados de la sorpresa que significó para ellas el resultado inmediato de la acción del proletariado parisiense, el doctrinarismo que las caracterizaba hubiera aflorado más temprano que tarde: con su concepción de un puñado de conspiradores como vanguardia y su consecuente menosprecio por el vínculo con las masas trabajadoras, los anarquistas eran adversarios de la dictadura del proletariado, y, con su idea de perpetuar la pequeña propiedad privada y su rechazo a la lucha de clases y la revolución proletaria, los prodhounistas también eran adversarios de dicha dictadura.

Pero la Comuna de París duró 72 días y, por esto, sus contradicciones internas no tuvieron tiempo de desarrollarse. Sin embargo, cualquier marxista puede darse cuenta de

cuáles pudieron ser las consecuencias del desarrollo de dichas contradicciones si la Comuna de París no hubiera caído.

Mao sostuvo respecto a esta cuestión: «Si la Comuna de París no hubiese caído, si hubiese resultado victoriosa, en mi opinión, ya se habría transformado en una comuna burguesa. Esto hubiese sido así porque era imposible que la burguesía francesa le permitiera a la clase obrera tener tanto Poder político. Este es el caso de la Comuna de París.» (citado por Bob Avakian, en *¿Conquistar el mundo? Deber destino del proletariado internacional*, charla ofrecida en 1981 y publicada en 1982 en *Revolución*, edición especial, Nº 50, p. 4).

Como vemos, Mao se contradice: primero dice que de no haber caído, la Comuna de París se hubiese transformado en una comuna burguesa, es decir que, por sus contradicciones internas y la influencia de la ideología burguesa sobre sus funcionarios y aún sobre sectores de las propias clases trabajadoras, la Comuna de París habría degenerado; pero, enseguida, sostiene que esto se hubiese producido porque la burguesía francesa no le habría permitido a la clase obrera tener tanto poder político. ¿Cómo la burguesía no le habría permitido al proletariado parisiense tener tanto poder? La respuesta no puede ser sino una sola: por medio de las armas. Por tanto, en este caso la Comuna de París no habría tenido tiempo de convertirse en una comuna burguesa. Es claro, entonces, que la segunda parte de la afirmación de Mao contradice a la primera, pero, al margen de esto, esta parte es razonable: de no haber caído, por las razones expuestas más tarde o más temprano la Comuna de París se habría transformado en una comuna burguesa.

Como señaló Engels, la Comuna de París fue la tumba de las tendencias del socialismo no marxista (blanquistas y prudhonistas). En el período que se abrió con la derrota de la

Comuna, esas tendencias y algunas otras destacaron al primer plano de su teoría y de su práctica sus aspectos más marcadamente antimarxistas, realidad que quedó confirmada en la Revolución Rusa, cuando mencheviques y eseristas se opusieron –incluso mediante la violencia– al poder soviético.

En el aludido período, pues, el marxismo, a más de obtener una gran victoria sobre los diversos socialismos no marxistas, se afirmó como la única tendencia partidaria de la dictadura del proletariado.

En la Comuna de París no existieron partidos en el sentido moderno del término. Pero esta realidad se explica porque entonces, séptima década del siglo XIX, el movimiento obrero europeo apenas comenzaba su proceso de organización política. El Partido Obrero Socialdemócrata Alemán había sido fundado apenas en 1868; el grupo Emancipación del Trabajo fue fundado en 1883 (y el partido propiamente dicho, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, fue fundado en 1903); la Federación Socialdemócrata de Inglaterra se fundó en 1884; el Partido Obrero de Bélgica y el Partido Obrero de Italia se fundaron en 1885; el Partido Obrero Francés se fundó en 1882, once años después de la Comuna de París; etc.

Por tanto, la ausencia de un partido marxista en la Comuna de París se desprendió de las condiciones históricas de la época, y *no de ningún principio*. Más aún: precisamente la experiencia de la Comuna demostró la necesidad de que el proletariado cuente con una vanguardia marxista.

Por eso, después de la experiencia de la Comuna, el objetivo de la Segunda Internacional no fue otro que la organización de partidos marxistas de masas: mientras la Asociación Internacional de los Trabajadores agrupó a las diversas tendencias del socialismo en general de la época, la

Segunda Internacional afirmó abiertamente su filiación marxista.

En la *Ideología Alemana*, Marx y Engels señalaron que el comunismo es el «... movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual. Las condiciones de este movimiento se desprenden de la premisa actualmente existente.»

Precisamente, la Comuna de París fue producto de ese «movimiento real».

Ahora bien, el surgimiento del marxismo fue la expresión teórica de ese mismo «movimiento».

Por tanto, es claro que la necesidad de que el proletariado cuente con una vanguardia marxista surge también del «movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual.»

Por eso, dicho «movimiento» se presenta (o debe presentarse) como la fusión de la acción de las masas trabajadoras y la teoría marxista.

Así, pues, no existe ni puede existir esperanza de emancipación del proletariado, de la humanidad, si no es sobre la base de la mencionada fusión.

La revolución rusa y la dictadura del proletariado

Mientras la Comuna de París se produjo en las condiciones del capitalismo competitivo y cuando la revolución proletaria no estaba a la orden del día, la Revolución de Octubre se produjo en las condiciones del imperialismo y de la vigencia de la revolución proletaria.

En segundo lugar, mientras la Comuna de París se produjo en una ciudad con una población de unos pocos

millones, la Revolución Rusa se produjo en un inmenso país que se extiende sobre dos continentes y que, en 1917, contaba con una población de más de ciento treinta millones de habitantes.

En tercer lugar, mientras la Comuna de París se produjo, como ya se dijo, en las circunstancias históricas en que el socialismo marxista y las diversas tendencias del socialismo no marxista no se habían decantado, la Revolución Rusa se produjo cuando todas las tendencias del socialismo reformista habían puesto en primer plano su condición antimarxista.

En cuarto y último lugar, mientras la Comuna de París se produjo, como ya se dijo también, sin que el proletariado parisiense contara con un partido marxista, la Revolución de Octubre fue dirigida por un partido de clase como el bolchevique.

La Revolución de Octubre fue la primera revolución proletaria estable en el tiempo y la primera que hubo de afrontar la tarea de construir el socialismo en condiciones internacionales, ciertamente maduras para la revolución proletaria, pero, al mismo tiempo, en unas condiciones nacionales no favorables para dicho tipo de revolución.

Lenin señaló a propósito de esto último: «"Rusia no ha alcanzado tal nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que haga posible el socialismo." Todos los héroes de la II Internacional, y entre ellos, naturalmente, Sujánov, van y vienen con esta tesis como chico con zapatos nuevos. Repiten de mil maneras esta tesis indiscutible y les parece decisiva para enjuiciar nuestra revolución.» (*OE*, t. XII, p. 387).

Como vemos, Lenin dijo «esta tesis indiscutible», y, esto quiere decir que sabía perfectamente que, en efecto,

Rusia no había alcanzado el nivel de desarrollo necesario que hiciera posible el socialismo.

Sin embargo, precisó: «... un pueblo que afrontó una situación revolucionaria como la formada durante la primera guerra imperialista, ¿no podía, bajo la influencia de su situación desesperada, lanzarse a una lucha que le brindase, por lo menos, alguna probabilidad de conquistar para sí condiciones no corrientes del todo para el progreso sucesivo de la civilización?» (*ibídem*).

Así, pues, lo decisivo no era el hecho de que Rusia no hubiera alcanzado el nivel de desarrollo necesario para hacer posible inmediatamente el socialismo, sino la configuración de una situación revolucionaria que de ningún modo el pueblo ruso podía dejar pasar.

La inmadurez para el socialismo de la Rusia de la época, comprendía también la situación de las clases trabajadoras. Por eso Lenin sostuvo: «Si para crear el socialismo se exige un determinado nivel cultural (aunque nadie puede decir cuál es este determinado "nivel cultural", ya que es diferente en cada uno de los países de los países de Europa Occidental), ¿por qué, pues, no podemos comenzar primero por la conquista revolucionaria de las premisas para este determinado nivel, y lanzarnos luego, respaldados por el poder obrero y campesino y con el régimen soviético, a alcanzar a otros pueblos?» (*ibídem*, p. 387-88). Y puntualizó: «Para crear el socialismo -decís- hace falta civilización. Muy bien. ¿Y por qué no hemos de poder crear primero en nuestro país premisas de civilización como la expulsión de los terratenientes y de los capitalistas rusos y comenzar luego ya el avance hacia el socialismo? ¿En qué libros habéis leído que semejantes alteraciones del orden histórico habitual sean inadmisibles o imposibles?» (*ibídem*, p. 388).

Y agregó algo que, notoriamente, tiene un alcance internacional: «Nuestros Sujánov, sin hablar ya de los socialdemócratas que están más a la derecha, no se imaginan que en general las revoluciones no pueden hacerse de otra manera. Nuestros pequeños burgueses europeos no ven ni en sueños que las revoluciones venideras en los países de Oriente, incomparablemente más poblados, los cuales se distinguen incomparablemente más por la diversidad de condiciones sociales, les ofrecerán, sin duda, más peculiaridades que la revolución rusa.» (*ibídem*).

En conclusión, ningún pueblo puede dejar pasar de largo una situación revolucionaria cuando ella le permite tomar el poder y crear así la premisa política para *comenzar el avance al socialismo*.

Por eso, tempranamente, Lenin señaló que «... a la revolución rusa le fue fácil empezar y le es difícil seguir adelante.» (*ibídem*, t. VIII, p. 66).

Como es evidente, la primera parte de la cita alude a la cuestión del eslabón más débil, y, la segunda, a la condición deficitaria de Rusia para la construcción del socialismo.

Después de la toma del poder, Lenin señaló la necesidad de pasar de los «métodos a lo "Guardia Roja"» (métodos para la toma el poder) a los «métodos de gobernar» (métodos para construir el socialismo y avanzar la lucha por la realización del comunismo).

Y, esto último significaba afrontar las contradicciones de la dictadura del proletariado tal como se presentaban en las condiciones rusas.

En *Crítica del programa de Gotha*, Marx explicó una de las principales dificultades del período de transición al comunismo: «De lo que aquí se trata no es de una sociedad

comunista que se ha desarrollado sobre su propia base, sino de una que acaba de salir precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede. Congruentemente con esto, en ella el productor individual obtiene de la sociedad –después de hechas las obligadas deducciones– exactamente lo que le ha dado. Lo que el productor ha dado a la sociedad es su cuota individual de trabajo. Así, por ejemplo, la jornada social de trabajo se compone de la suma de las horas de trabajo individual; el tiempo individual de trabajo de cada productor por separado es la parte de la jornada social de trabajo que él aporta, su participación en ella. La sociedad le entrega un bono consignando que ha rendido tal o cual cantidad de trabajo (después de descontar lo que ha trabajado para el fondo común), y con este bono saca de los depósitos sociales de medios de consumo la parte equivalente a la cantidad de trabajo que ha rendido. La misma cuota de trabajo que ha dado a la sociedad bajo una forma, la recibe de ésta bajo otra forma distinta.» «Aquí reina, evidentemente, el mismo principio que regula el intercambio de mercancías, por cuanto éste es intercambio de equivalentes. Han variado la forma y el contenido, porque bajo las nuevas condiciones nadie puede dar sino su trabajo, y porque, por otra parte, ahora nada puede pasar a ser propiedad del individuo, fuera de los medios individuales de consumo. Pero, en lo que se refiere a la distribución de éstos entre los distintos productores, rige el mismo principio que en el intercambio de mercancías equivalentes: se cambia una cantidad de trabajo, bajo una forma, por otra cantidad igual de trabajo, bajo otra forma distinta.» «Por eso, el *derecho igual*, sigue siendo aquí, en principio, el *derecho burgués*, aunque ahora el principio y la práctica ya no se tiran de los pelos, mientras que en el régimen de intercambio de mercancías, el intercambio de equivalentes no se da más que como *término medio*, y no en los casos individuales.» «A pesar de este progreso, este *derecho igual* sigue llevando implícita una

limitación burguesa. El derecho de los productores es *proporcional* al trabajo que han rendido; la igualdad, aquí, consiste en que se mide por el *mismo rasero*: por el trabajo.» «Pero unos individuos son superiores física e intelectualmente a otros y rinden, pues, en el mismo tiempo, más trabajo, o pueden trabajar más tiempo; y el trabajo, para servir de medida tiene que determinarse en cuanto a duración o intensidad, de otro modo, deja de ser una medida. Este derecho *igual* es un derecho desigual para trabajo desigual. No reconoce ninguna distinción de clase, porque aquí cada individuo no es más que un obrero como los demás; pero reconoce, tácitamente, como otros tantos privilegios naturales, las desiguales aptitudes de los individuos, y, por consiguiente, la desigual capacidad de rendimiento. En el fondo es, por tanto, como todo derecho, el derecho de la desigualdad. El derecho sólo puede consistir, por naturaleza, en la aplicación de una medida igual; pero los individuos desiguales (y no serían distintos individuos si no fuesen desiguales) sólo pueden medirse por la misma medida siempre y cuando que se les enfoque desde un punto de vista igual, siempre y cuando que se les mire solamente en un aspecto *determinado*; por ejemplo, en el caso concreto, *sólo en cuanto obreros*, y no se vea en ellos ninguna otra cosa, es decir, se prescinda de todo lo demás. Prosigamos: unos obreros están casados y otros no; unos tienen más hijos que otros, etc., etc. A igual rendimiento y, por consiguiente, a igual participación en el fondo social de consumo, unos obtienen de hecho más que otros, unos son más ricos que otros, etc. Para evitar todos estos inconvenientes, el derecho no tendría que ser igual, sino desigual.» «Pero estos defectos son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista, tal y como brota de la sociedad capitalista después de un largo y doloroso alumbramiento. El derecho no puede ser nunca superior a la estructura económica ni al desarrollo cultural de la sociedad por ella condicionado» (*Obras Escogidas* de Marx y Engels en tres tomos, t. III, Editorial Progreso, Moscú, 1970, pp. 14-5; cursivas en el original).

Comentando estos juicios, Lenin señaló: «El derecho burgués respecto a la distribución de los artículos de *consumo* presupone también inevitablemente, como es natural, un *Estado burgués*, pues el derecho no es nada sin un aparato capaz de obligar a respetar las normas de aquél.» «De donde se deduce que bajo el comunismo no sólo subsiste durante un cierto tiempo el derecho burgués, sino que isubsiste incluso el Estado burgués sin burguesía!» «[Marx] tomó lo que es económica y políticamente inevitable en una sociedad que brota de la entraña del capitalismo.» (*El Estado y la revolución*, ELE, Pekín, 1975, pp. 121-22; cursivas en el original).

Así, pues, los funcionarios del Estado de la dictadura del proletariado tienen que ejercer la función de *obligar a respetar las normas* del derecho burgués, y, debido a esto, dicho Estado aparece como terreno propicio para la formación de una nueva burguesía.

Como es obvio, la Comuna de París no tuvo tiempo de afrontar esta contradicción, pero la Revolución Rusa hubo de afrontarla y, lógicamente, su tratamiento era un camino prácticamente desconocido.

Pero, naturalmente, la Revolución Rusa hubo de afrontar otras contradicciones más: 1) la contradicción entre la economía socialista, por una parte, y el capitalismo privado, la producción mercantil y el capitalismo de Estado, por otra; 2) la contradicción entre la necesidad de un Estado eficiente y un aparato económico eficaz, por una parte, y el insuficiente nivel cultural de las masas trabajadoras y, específicamente, la función desorganizadora de la pequeña producción, por otra; 3) la contradicción entre el partido y la clase, etc.

En el *Estado y la revolución* (agosto-setiembre de 1917), Lenin defendió y desarrolló la teoría de Marx y Engels

sobre la dictadura del proletariado, y, en el *Borrador del proyecto de programa*, presentado al VII Congreso Extraordinario del PC (b) de Rusia, realizado entre el 6 y el 8 de marzo de 1918, entre otras cuestiones ratificó el sistema soviético como el «tipo de Estado que corresponde, vista la experiencia de la Comuna de París de 1871... al período de la dictadura del proletariado»; sostuvo la «Supresión del parlamentarismo» y «la unión de la gestión pública legislativa y ejecutiva»; sustentó la «Creación de una fuerza armada de obreros y campesinos que esté lo menos apartada posible del pueblo» y el «Armamento general organizado de todo el país como uno de los primeros pasos hacia el armamento de todo el pueblo»; planteó la «posibilidad de suprimir la burocracia, de valernos sin ella; comienzo de la realización de esta posibilidad»; mantuvo «la supresión paulatina del Estado mediante la incorporación regular de un número mayor cada día de ciudadanos, y luego de todos los ciudadanos *sin excepción*, al cumplimiento directo y *cotidiano* de su parte de obligaciones en la gestión pública» (*OE*, t. VIII, pp. 50-2; cursivas en el original).

Así, pues, en el curso mismo de la revolución, Lenin se ratificó en los principios de la Comuna de París. Sin embargo, como realista dialéctico, analizaba la dictadura del proletariado tal como se iba realizando en Rusia, es decir, partía de la realidad y no de la teoría. Por eso sus tesis sobre la dictadura del proletariado aparecen como una teoría abierta, contraria a todo utopismo, pero también a todo empirismo.

A poco de la revolución de febrero, Lenin escribió: «... los obreros han demolido la vieja máquina del Estado. Mejor dicho: *han comenzado* a demolerla» (*ibídem*, t. VI, p. 224; cursivas en el original). Y, dos semanas después de la Revolución de Octubre, señaló: «... el nuevo aparato es imposible crearlo de golpe» (*ibídem*, t. VII, p. 292)(1).

La esencia de esta realidad fue expresada por el propio Lenin del siguiente modo: «... el proletariado sólo necesita un Estado que se extinga, es decir, organizado de tal modo, que comience a extinguirse inmediatamente y que no pueda por menos de extinguirse...» (*El Estado y la revolución*, p. 28).

Que comience a extinguirse inmediatamente, pues, y no que se extinga inmediatamente.

Pero ¿cómo había que hacer para que el Estado comience a extinguirse inmediatamente en las condiciones de un país con un desarrollo insuficiente de sus fuerzas productivas, con un insuficiente nivel cultural de su proletariado y, en general, de sus clases trabajadoras, y, además, con una abrumadora preponderancia del elemento pequeño burgués y rodeado por el imperialismo mundial?

De hecho, la extinción del Estado es un proceso prolongado, mucho más prolongado de lo que supusieron los fundadores; y, este proceso tiene dos condiciones fundamentales: una económica, la propiedad común de los medios de producción; y otra política, la democracia directa de las masas.

Como es evidente, sin esas condiciones es imposible avanzar la solución de las contradicciones de la dictadura del proletariado y, por tanto, la lucha por el comunismo.

Pues bien, la Revolución de Octubre dio curso a las dos condiciones fundamentales y, por esto, el Estado que surgió de ella fue un Estado en extinción.

Pero ocurre que, no obstante el dominio del proletariado en el proceso social de reproducción, la estructura fundamental del mismo fue modificada solo parcialmente (y no podía ser de otro modo), y, por tanto, las relaciones de producción resultantes no eran plenamente socialistas; por otra parte, en la Rusia revolucionaria el

ejercicio de la democracia directa presentaba la limitación del insuficiente nivel cultural de las clases trabajadoras(2).

Por eso, la extinción del Estado no se presentaba como un proceso llano y lineal, sino como un proceso tortuoso cuyas modalidades, ritmo, dificultades, fases, vueltas y revueltas eran determinados por la realidad objetiva (nacional e internacional) y por la situación ideológica y cultural de las masas populares.

Esta idea –que le pertenece a Lenin–, está en consonancia con lo que Marx escribió: «La clase obrera no esperaba de la Comuna ningún milagro. Los obreros no tienen ninguna utopía lista para implantar *par dècret du peuple* [por decreto del pueblo]. Saben que para conseguir su propia emancipación, y con ella esa forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad actual por su propio desarrollo económico, tendrán que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos, que transformarán las circunstancias y los hombres. Ellos no tienen que realizar ningunos ideales, sino simplemente liberar los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno» (*La guerra civil en Francia*, ELE, Pekín, 1978, p.78; cursivas en el original).

Así, pues, la dictadura del proletariado debe transformar no solo las circunstancias sino también a los hombres. Y en Rusia las circunstancias y los hombres presentaban una situación deficitaria, tal como ya señalamos.

Analizando el gobierno encabezado por Tomás Münzer que resultó de la insurrección campesina en la ciudad de Mühlhausen, Engels escribió: «Lo peor que puede suceder al jefe de un partido extremo es ser forzado a encargarse del gobierno en un momento en que el movimiento no ha madurado lo suficiente para que la clase que representa

pueda asumir el mando y para que se puedan aplicar las medidas necesarias a la dominación de esta clase. Lo que realmente puede hacer no depende de su propia voluntad, sino del grado de tensión a que llega el antagonismo de las diferentes clases, y del desarrollo de las condiciones de vida materiales, del régimen de la producción y circulación, que son la base fundamental del desarrollo de los antagonismos de clase. Lo que debe hacer, lo que exige de él su partido, tampoco depende de él ni del grado de desarrollo que ha alcanzado la lucha de clases y sus condiciones; el jefe se halla ligado por sus doctrinas y reivindicaciones anteriores, que tampoco son el resultado de las relaciones entre las diferentes clases sociales ni del estado momentáneo y más o menos casual de la producción y circulación, sino de su capacidad –grande o pequeña– para comprender los fines generales del movimiento social y político. Se encuentra, pues, necesariamente ante un dilema insoluble; lo que realmente puede hacer se halla en contradicción con toda su actuación anterior, con sus principios y con los intereses inmediatos de su partido; y lo que debe hacer no es realizable. En una palabra: se ve forzado a representar, no a su partido y a su clase, sino a la clase llamada a dominar en aquel momento. El interés del propio movimiento lo obliga a servir a una clase que no es la suya y a entretener a la propia con palabras, promesas y con la afirmación de que los intereses de aquella clase ajena son los de la suya. Los que ocupan esta posición incómoda están irremediabilmente perdidos» (*Las guerras campesinas en Alemania*, Editorial Andreus, Cali, 1979, p. 138).

Esta profunda observación permite, *mutatis mutandis*, explicarse algunos problemas del poder soviético en los primeros años de su existencia. Por ejemplo el siguiente: al tener que sostenerse, dadas las condiciones, en la alianza obrero-campesina, la dictadura del proletariado hubo de favorecer a esta última clase –que no es partidaria del socialismo, sino de la propiedad privada– y posponer algunas reivindicaciones proletarias por las cuales el partido

bolchevique había luchado desde su fundación. De hecho, durante un tiempo hubo de favorecer al campesinado a costa del proletariado(3), con todas las consecuencias que esto implicaba.

Por tanto, cualquier marxista que tenga en cuenta las condiciones concretas en que se desenvolvía la Revolución Rusa, puede comprender sus contradicciones, sus dificultades, sus complejidades, pero también sus potencialidades.

Lenin señaló con toda razón: «El socialismo sería imposible si no aprendiese a aprovechar la técnica, la cultura, los aparatos creados por la cultura burguesa, por la cultura del capitalismo» (*OE*, t. X, p. 356). Y especificó: «... es imposible... construir el comunismo con otra cosa que no sea el material humano creado por el capitalismo. Es imposible expulsar y exterminar a los intelectuales burgueses. Lo que se debe hacer es vencerlos, transformarlos, refundirlos, reeducarlos, de la misma manera que es necesario reeducar en lucha prolongada, sobre la base de la dictadura del proletariado, a los proletarios mismos, que no se desembarazan de sus prejuicios pequeñoburgueses de golpe, por milagro, por obra y gracia del Espíritu Santo, o por el efecto mágico de una consigna, de una resolución o de un decreto, sino únicamente en una lucha masiva larga y difícil contra la influencia de las ideas pequeñoburguesas entre las masas» (*ibídem*, t. XII, p. 97).

Así, pues, el socialismo es imposible sin la herencia cultural positiva del capitalismo y, por tanto, sin el material humano culturalmente capacitado por el capitalismo. Esto fue particularmente cierto en la Rusia revolucionaria.

Por eso, cualquier marxista puede comprender que no se puede eliminar a centenares de miles o millones de personas, pues de lo que se trata es de reeducarlos.

Recuérdese, a propósito de ello, que el proletariado no solo tiene que emanciparse a sí mismo, sino que tiene que emancipar a toda la humanidad y, precisamente, solo puede emanciparse a sí mismo si emancipa a toda la humanidad(4).

El olvido de esta verdad elemental, entre otras cuestiones, dio lugar a una experiencia tan nefasta como la de Camboya.

Por tanto, puede decirse que la teoría leninista de la dictadura del proletariado tiene como premisa que dicha dictadura no es algo que surge por generación espontánea, sino una realidad que surge de la entraña misma de la historia: *el socialismo no significa una ruptura absoluta con el pasado histórico, sino la progresiva supresión de las diferencias de clase en general, la supresión de todas las relaciones de producción en que éstas descansan, la supresión de todas las relaciones sociales que corresponden a esas relaciones de producción, la subversión de todas las ideas que brotan de estas relaciones sociales.*

El socialismo no puede, pues, construirse sino sobre la base de la herencia material y cultural positiva del capitalismo; en esto reside, en nuestra época, la continuidad de la historia humana. Pero, como acabamos de ver, tampoco puede construirse sin suprimir, progresivamente, el lado negativo de esa herencia. Es decir el socialismo continúa la herencia positiva del capitalismo, pero a la manera proletaria, o sea, desbrozando el camino de la realización del comunismo.

Por eso la dictadura del proletariado no es otra cosa que la revolución permanente que debe conducir a la ruptura con todo lo negativo de la historia pasada, o, para decirlo con Marx, con la prehistoria de la humanidad.

En marzo de 1918, Lenin señaló: «En nuestros Soviets existen todavía gran tosquedad y multitud de cosas

inacabadas, eso es indudable y está claro para cuantos examinen con atención su labor; pero lo importante en ellos, lo que tiene un valor histórico, lo que representa un paso adelante en el desarrollo mundial del socialismo es que se ha creado un nuevo tipo de Estado. (...) A pesar de toda la tosquedad e indisciplina que existen en los Soviets, lo que constituye una reminiscencia del carácter pequeño burgués de nuestro país, las masas populares han creado un nuevo tipo de Estado. Y ese tipo de Estado [a diferencia de la Comuna de París] no se aplica semanas, sino meses; no se aplica en una ciudad, sino en un país inmenso, en varias naciones. Este tipo de Poder soviético ha mostrado de lo que es capaz, como lo prueba el que se haya extendido a un país tan distinto en todos los aspectos como Finlandia, donde no existen los Soviets, pero el tipo de poder es también nuevo, proletario. Y eso constituye una demostración de lo que es indiscutible desde el punto de vista teórico, de que el Poder soviético es un nuevo tipo de Estado sin burocracia, sin policía, sin ejército permanente, en el que la democracia burguesa es sustituida con una nueva democracia: la democracia que adelanta a primer plano a la vanguardia de las masas trabajadoras, convirtiéndolas en legislador, ejecutor y protector militar, y crea el mecanismo capaz de reeducar a las masas.» (*ibídem*, t. VIII, p. 41). «En Rusia apenas se ha iniciado esa obra, y se ha iniciado mal. Si comprendemos lo que hay de malo en lo que hemos iniciado, lo subsanaremos, siempre que la historia nos brinde la posibilidad de trabajar para perfeccionar este Poder soviético durante un período más o menos considerable.» (*ibídem*, pp. 41-2)

Estas observaciones dan cuenta de la contradicción (no antagónica) entre el partido y la clase, entre la conciencia marxista y el movimiento espontáneo: Lenin subrayó la influencia de la psicología pequeño burguesa en los activistas de los soviets, las imperfecciones de estos aparatos, sus aspectos inacabados, no obstante lo cual relevó su condición de nuevo tipo de poder que se desarrollaba ya a lo largo de

varios meses en un país inmenso como Rusia, y, por esto, señaló optimistamente la necesidad de perfeccionar los soviets en el curso de un período prolongado.

Lenin señaló que «Es criminal lanzar al pueblo contra un ejército regular dotado de una técnica superior» (*ibídem*, p. 84). Por eso, como hemos visto arriba, en marzo de 1918 propuso la «Creación de una fuerza armada de obreros y campesinos que esté lo menos apartada posible del pueblo» y el «Armamento general organizado de todo el país como uno de los primeros pasos hacia el armamento de todo el pueblo».

La creación del Ejército Rojo (que, hasta el fallecimiento de Lenin y aun durante muchos años después, cumplió su función lado a lado con las milicias populares), tiene la siguiente explicación: desenvolviéndose en la época del imperialismo (y estando rodeada por el imperialismo mundial), la Revolución Rusa no pudo sino crear un ejército regular para enfrentar a los ejércitos regulares del imperialismo(5).

Lenin señaló: «En Rusia predomina hoy precisamente el capitalismo pequeño burgués, del que *un mismo camino* lleva *tanto* al gran capitalismo de Estado *como* al socialismo, lleva *a través de una misma* estación intermedia, llamada "contabilidad y control por todo el pueblo de la producción y distribución de los productos". Quien no comprenda esto incurre en un error económico imperdonable, o bien por ignorar los hechos de la realidad, no viendo lo que existe ni sabiendo mirar a la verdad cara a cara, o bien a limitarse a una contraposición abstracta del "capitalismo" y el "socialismo", sin calar hondo en las formas y fases concretas de esa transición que está sobreviniendo hoy en nuestro país.» (*ibídem*, p. 158; cursivas en el original).

Al poner entre comillas los términos capitalismo y socialismo, Lenin quiso decir –dijo– que, quienes cometen la

aludida contraposición abstracta, revelan una idea torcida tanto del capitalismo como del socialismo, y que, debido a esto, no son capaces de calar en los hechos: en las formas y fases que implicaba el desarrollo de la dictadura del proletariado en las condiciones rusas de la época.

Desde 1917 –y durante un tiempo–, el pueblo ruso hubo de afrontar condiciones marcadas por el desbarajuste económico, la ruina de las fuerzas productivas, el agotamiento de la población provocado por la guerra, el paro, el hambre, la guerra civil.

En estas condiciones, a partir de junio de 1918 comenzaron a aplicarse las medidas que, en conjunto, son conocidas con el nombre de «comunismo de guerra». Este nombre es incorrecto y fue asumido solo porque, debido a la guerra civil (que por lo demás se ensambló de hecho con la intervención del imperialismo mundial), la Revolución Rusa enfrentó una situación de vida o muerte, que obligó a priorizar la producción para avituallar al Ejército Rojo, lo que significó la supresión de las formas comerciales y monetarias de distribución, la producción para el uso directo, el requisamiento de los excedentes de grano, etc. Esta política provocó numerosos levantamientos campesinos y aun el descontento de amplios sectores de la clase obrera.

El «comunismo de guerra» fue un salto hacia adelante: si la Comuna de París fue un espontáneo salto hacia adelante en el terreno político, dadas las condiciones de sus primeros tiempos el poder soviético se vio obligado a dar un salto hacia adelante en el terreno económico.

Por cuanto la producción mercantil de los pequeños productores era la economía predominante en la formación social rusa(6), el poder soviético implementó el capitalismo de Estado(7) a fin de combatir el relajamiento y la anarquía espontánea de la pequeña burguesía.

Luego, el «comunismo de guerra» fue reemplazado por la Nueva Política Económica (impuesto en especie, producción para el mercado, etc.), y, de este modo, el poder soviético trazó una política de largo plazo para normar sus relaciones con los pequeños productores agrícolas y, en general, con la pequeña burguesía(8).

Es decir, obligado por las exigencias de la realidad, el poder soviético hubo de «retroceder» desde sus «avanzadas» medidas del «comunismo de guerra».

El paro, el hambre, la guerra civil, determinaron que el proletariado ruso experimentase una «desintegración parcial». «En 1922, el número de obreros con empleo es inferior a la mitad del número de preguerra: 4,6 millones frente a 11 millones en 1913, dentro de las mismas fronteras; de esos 4,6 millones con empleo en 1922, solamente dos millones están incorporados a las actividades industriales y 1,2 millones pertenecen al proletariado agrícola» (Charles Bettelheim, *Las luchas de clases en la URSS*, t. I, p. 155).

Al mismo tiempo, el proletariado ruso experimentó un cambio en su composición. «Muchos de los obreros veteranos, entre los más combativos, han caído en los frentes. Otros han sido absorbidos por los aparatos del partido, de los sindicatos y del Estado. Y otros –sobre todo en los grandes centros industriales– han abandonado las filas de la clase obrera y se han reincorporado a sus pueblos de origen, impulsados por la crisis alimenticia o por el paro. Simultáneamente, hombres y mujeres de origen burgués y pequeñoburgués, generalmente hostiles a la dictadura del proletariado, han penetrado en las filas de la clase obrera para beneficiarse de las raciones de los trabajadores manuales o para intentar que se olvide su origen de clase.» (*ibídem*).

Se comprende que, en la situación descrita, el proletariado no podía ejercer directamente su dictadura. Por eso Lenin señaló que la dictadura del proletariado era ejercida por el proletariado a través del Partido. Y anotó: «Tratan de intimidar a los campesinos (particularmente los mencheviques y los eseristas, todos ellos, hasta los de "izquierda") con el espantajo de la "dictadura de un solo partido", del partido de los bolcheviques comunistas.» «La dictadura de la clase obrera es ejercida por el mismo Partido Bolchevique que ya en 1905, y antes todavía, se fusionó con todo el proletariado revolucionario.» (OE, t. X, p. 126). Y, ya antes, en abril de 1918, Lenin había escrito: «Nosotros, el partido de los bolcheviques, *hemos convencido* a Rusia, se la *hemos ganado* a los ricos para los pobres, a los explotadores para los trabajadores. Ahora debemos *gobernala*. Y toda la peculiaridad del momento en que vivimos, toda la dificultad consiste en saber comprender las *particularidades de la transición* de una tarea principal, como la de convencer al pueblo y aplastar por la fuerza militar la resistencia de los explotadores, a otra tarea principal, la de *gobernala*.» «Por primera vez en la historia universal, un partido socialista ha logrado coronar, en términos generales, la conquista del poder y el aplastamiento de los explotadores y abordar de lleno la tarea de gobernar el país.» (*ibídem*, t. VIII, pp. 93-4)(9).

Esta cita de Lenin da cuenta del papel de dirección cumplido por el partido bolchevique a lo largo del proceso histórico de la revolución rusa: fusión del marxismo con la clase obrera, esclarecimiento revolucionario en el interior de los Soviets, decisión de tomar del poder, clarividente política que hizo posible sostener el poder soviético. Todos estos hechos históricos dan cuenta de una diferencia sustancial entre la Comuna de París y la Revolución Rusa.

Es conocida la lucha llevada adelante por Lenin contra la burocracia en el Estado y en el propio partido bolchevique, y, en general, por mantener al Estado soviético como Estado

en extinción. Incluso algunos de sus últimos textos testimonian este hecho: *Discurso pronunciado en el pleno del soviet de Moscú el 20 de noviembre de 1922*; *Carta al Congreso* (23-29.12.1922); *Páginas del diario* (02.01.1923); *Sobre las cooperativas* (4-6.01.1923), *Cómo tenemos que reorganizar la Inspección Obrera y Campesina* (23.01.1923), *Más vale poco y bueno* (02.03.1923).

Lenin señaló: «... tenemos derecho a hablar sólo de la extinción inevitable del Estado, subrayando la prolongación de este proceso, su supeditación a la rapidez con que se desarrolle la *fase superior* del comunismo, y dejando completamente en pie la cuestión de los plazos o de las formas concretas de la extinción, pues no *tenemos* datos para poder resolver estas cuestiones» (*El Estado y la revolución*, p. 118).

Por eso las tesis leninistas surgidas a partir de la teorización sobre los nuevos datos proporcionados por la dictadura del proletariado en Rusia, demuestran que, igual que Marx y Engels con respecto a la Comuna de París, el jefe bolchevique tampoco cayó en utopismo y esperó que la práctica proporcionara los datos concretos sobre las modalidades, ritmo, fases, etc., del proceso de extinción del Estado.

Lenin señaló: «Es una época peculiar o, más bien, una fase peculiar del desarrollo, y, para vencer definitivamente al capital, tenemos que saber adaptar las formas de nuestra lucha a las peculiares de esta fase.» «Sin la dirección de las diversas ramas de la ciencia, de la técnica, de la práctica por parte de los especialistas es imposible la transición al socialismo, ya que el socialismo exige un avance consciente y masivo hacia una productividad del trabajo superior a la del capitalismo y basada en lo alcanzado por éste. El socialismo debe impulsar este avance *a su manera*, con métodos propios, y para ser concretos, con métodos *soviéticos*. Pero, debido a las condiciones de la vida social

que ha permitido a los especialistas hacerse especialistas, éstos pertenecen por fuerza y en masa a la burguesía. Si después de tomar el poder, nuestro proletariado resolviera rápidamente el problema de la contabilidad, del control y de la organización a escala que abarque a todo el pueblo (todo esto era irrealizable a causa de la guerra y del atraso de Rusia), entonces, una vez vencido el sabotaje y llevando a cabo una contabilidad y un control generales, subordinaríamos también por completo a los especialistas burgueses. Como vamos muy "atrasados" en la contabilidad y el control en general, pese a haber conseguido vencer el sabotaje, *no* hemos creado *todavía* las condiciones que puedan poner a nuestra disposición a los especialistas burgueses. El grueso de los saboteadores "acepta el empleo", pero los mejores organizadores y los más grandes especialistas pueden ser utilizados por el Estado, ya sea a la antigua, a lo burgués (es decir, mediante una elevada remuneración), o a lo nuevo, a lo proletario (es decir, creando las condiciones que permitan ejercer la contabilidad y el control desde abajo, por todo el pueblo, condiciones que, por sí solas, subordinarían y atraerían inevitablemente a los especialistas).» «Hemos tenido que recurrir ahora al viejo método burgués y aceptar los "servicios" de los especialistas burgueses más reputados a cambio de una remuneración muy elevada. Quienes conocen la situación lo comprenden; pero no todos se detienen a meditar sobre el significado de semejante medida tomada por un Estado proletario. Es evidente que tal medida constituye un compromiso, una desviación de los principios sustentados por la Comuna de París y por todo poder proletario, que exigen la reducción de los sueldos al nivel del salario del obrero medio, que exigen se combata el arribismo con hechos y no con palabras.» «Pero esto no es todo. Es evidente que semejante medida no es sólo una interrupción –en cierto terreno y en cierto grado– de la ofensiva contra el capital (ya que el capital no es una simple suma de dinero, sino determinadas relaciones sociales) sino también *un paso atrás* de nuestro poder estatal socialista, soviético, que

desde el primer momento proclamó y comenzó a poner en práctica la política de reducción de los sueldos elevados hasta el nivel del salario del obrero medio.» (OE, pp. 99-100).

Estas afirmaciones expresan la digna actitud de revolucionario proletario de Lenin, quien siempre miró cara a cara la realidad y reconoció con franqueza que algunas medidas que inescapablemente hubo de tomar el poder soviético, significaban un cierto apartamiento o retroceso en relación a los principios de la Comuna de París(10).

Así, pues, Lenin entendía que tales medidas eran impuestas por «las necesidades históricas pasajeras» (para decirlo con sus propias palabras), y que, por tanto, tenían un carácter *transitorio*(11).

Por eso señaló en otro lugar: «... ningún socialista consciente, ningún obrero que reflexione sobre la historia de la revolución puede discutir que, pese a todos sus defectos – que conozco demasiado bien y aprecio perfectamente–, el Poder soviético es un tipo superior de Estado, es la continuación directa de la Comuna de París.» (*ibídem*, p. 78).

Es decir, Lenin no hacía de «necesidad, virtud».

Por eso subrayó honestamente (con esa honestidad que no tienen algunos de sus críticos): «Desde octubre, nuestra revolución ha marchado de triunfo en triunfo; mas ahora han empezado tiempos difíciles y para largo; no sabemos por cuánto tiempo, pero sí que será un período largo y difícil...» (*ibídem*, p. 76).

En el período que va de la Revolución de Octubre al 6 de marzo de 1923 (fecha en la que, agravada su enfermedad, Lenin hubo de dejar toda actividad política), el Estado soviético presentaba una serie de limitaciones,

insuficiencias, distorsiones, que tienen su explicación en las condiciones concretas, objetivas y subjetivas, en que se desarrollaba la dictadura del proletariado. Por tanto, tales problemas no pueden ser entendidos por un marxista sino materialista y dialécticamente y teniendo en cuenta la siguiente observación del jefe bolchevique: «... ¿es que puede encontrarse en la historia un solo ejemplo de un modo de producción nuevo que haya prendido de golpe, sin una larga serie de reveses, equivocaciones y recaídas? Medio siglo después de haber sido abolida la servidumbre, en la aldea rusa persistían aún no pocas supervivencias de aquel régimen. Medio siglo después de haber sido suprimida la esclavitud de los negros en Norteamérica, la condición de estos últimos seguía siendo, en muchas ocasiones, de semiesclavitud. Los intelectuales burgueses, comprendidos los mencheviques y eseristas, permanecen fieles a sí mismos al servir al capital y repetir sus argumentos totalmente falsos: antes de la revolución del proletariado nos tildaban de utopistas, y después de la revolución nos exigen que borremos de la noche a la mañana todas las huellas del pasado!» (*ibídem*, t. X, p. 16).

Es decir, Lenin no se ató las manos asumiendo la fácil actitud utópica de que lo que había que hacerse en Rusia era aplicar inmediatamente, a rajatabla, el modelo ideal derivado de la Comuna de París: como materialista dialéctico, el jefe de la Revolución Rusa iba descubriendo, a la luz de la práctica, las peculiaridades que la realidad concreta imponía a la dictadura del proletariado en su lucha por realizar los principios de la Comuna.

En nuestro tiempo, antileninistas mal encubiertos pretenden también que, a la altura de marzo de 1923, la Revolución Rusa hubiera tenido que borrar *todas las huellas del pasado*.

Por eso, atribuir a Lenin la responsabilidad del Estado burocrático-militar, es considerar los acontecimientos de la Revolución Rusa desde la óptica del idealismo histórico.

Es, concretamente hablando, no tener en cuenta las condiciones en que se desarrollaban las contradicciones de la dictadura del proletariado y la lucha de Lenin contra la burocracia en el Estado soviético y en su propio partido.

La cuestión es, pues, de método: el marxismo exige partir de la realidad, y no de la teoría; es decir, exige partir de las condiciones concretas para desarrollar la verdad universal, contrariamente al dogmatismo que parte de los principios para escamotear la realidad.

Esta verdad marcó la diferencia entre Lenin y los leninistas, de una parte, y las distintas fracciones opositoras en el seno del partido bolchevique, de otra: mientras el jefe de la Revolución Rusa se ajustaba al método marxista, sus opositores levantaban los principios sin tener en cuenta la realidad concreta; así, pues, mientras aquel mostraba su realismo dialéctico, éstos mostraban su subjetivismo metafísico.

Y, la misma verdad marca, ahora también, la diferencia entre quienes estudian los hechos de la Revolución Rusa según el materialismo histórico, y quienes, víctimas de un dogmatismo formal y arrastrados por su afición por las frases altisonantes(12), no hacen otra cosa que desahogar su antileninismo.

La participación de elementos burgueses en el aparato del Estado soviético, en las empresas estatales y de militares profesionales del viejo ejército en el Ejército Rojo (rodeados y controlados todos ellos, burgueses y militares, por centenares y miles de comunistas), es un hecho que, por imposición de la realidad, se dio desde el principio o casi desde el principio de la revolución. Pero el Estado

burocrático-militar tal cual solo se hizo realidad en la segunda mitad de los años de 1930, cuando fue evidente que la dirección del PCUS no había sabido encontrar el método adecuado para combatir la burocracia en el aparato del Estado y del Partido (13).

Concluamos: la teoría leninista sobre la dictadura del proletariado no es un simple reflejo de las condiciones en las que se desarrollaba la Revolución Rusa, sino una expresión teórica de las tendencias históricas generales de la misma. Por eso la teoría de Lenin forma cuerpo con la de Marx y Engels.

La revolución de octubre y el leninismo

La significación histórico-mundial de la Revolución Rusa no se limita al hecho de que marcó el camino de la revolución proletaria mundial y, por tanto, el inicio del paso de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad, sino que comprende también el hecho de que determinó un nuevo desarrollo del marxismo: el leninismo.

Por eso, Mariátegui señaló: «La revolución rusa constituye, acéptenlo o no los reformistas, el acontecimiento dominante del socialismo contemporáneo. Es en ese acontecimiento, cuyo alcance histórico no se puede aún medir, donde hay que ir a buscar la nueva etapa marxista» (*Defensa del marxismo*, p. 22).

Precisamente con la frase «la nueva etapa marxista», Mariátegui expresó la idea de que, con la obra de Lenin, el marxismo cobró el necesario desarrollo en nuestra época.

Cualquier marxista puede reconocer que si le restáramos el leninismo a la teoría del proletariado, no sería posible comprender el contenido de nuestra época.

Así, pues, el leninismo es la dimensión teórica de la revolución rusa y, en general, de las condiciones de la revolución proletaria.

Por tanto, todo marxista tiene que reconocer que el marxismo-leninismo es la dimensión teórica de la revolución proletaria mundial.

En conclusión, no es posible reconocer realmente la trascendencia histórico-mundial de la revolución rusa, sin reconocer el leninismo como el desarrollo del marxismo en nuestra época.

Las distorsiones de la dictadura del proletariado en la Rusia soviética

Lenin señaló: «Si examinamos la situación a escala histórica mundial, no cabe la menor duda de que, si nuestra revolución se quedase sola, si no existiese un movimiento revolucionario en otros países, no existiría ninguna esperanza de que llegase a alcanzar el triunfo final» (OE, t. VIII, p. 9). Y agregó: «... sin la revolución alemana estamos perdidos» (*ibídem*, p.13).

Este era, en general, el pensamiento de los marxistas rusos en los primeros años de la revolución.

Pero la revolución alemana fue derrotada y, después, sobrevino una oleada reaccionaria que llevó al poder a Mussolini en Italia, a Primo de Rivera en España, a Horthy en Hungría, a Hitler en Alemania, etc.

Entonces la Revolución Rusa quedó sola en medio del mar del imperialismo mundial, y así quedó por un período entonces entendido como indefinido.

En tales condiciones, el socialismo fue matizándose poco a poco con un cierto nacionalismo que, de hecho,

representaba a fuerzas sociales extrañas a la revolución. La preparación de la lucha y, con mayor razón, la propia lucha contra el nazismo ahondaron dicha matización, y se dio entonces el caso curioso de que, por un lado, la victoria sobre el imperialismo hitleriano marcará el momento de mayor prestigio del socialismo a escala mundial, pero también, por otro lado, el callejón sin salida a que había llegado la dictadura del proletariado al no haberse encontrado el método de lucha adecuado contra la burocracia.

Precisamente en esa situación, en *Sobre el proyecto de constitución de la URSS* (noviembre de 1936), Stalin planteó la tesis según la cual no había ya clases antagónicas en la sociedad soviética; es decir que, de acuerdo a su óptica, la burguesía no existía ya en la URSS(14). Y, en el *Informe ante el XVIII Congreso del Partido sobre la labor del Comité Central del P.C. (b) de la U.R.S.S.* (setiembre de 1938) afirmó prácticamente que, no obstante no existir ya las clases antagónicas, el Estado de dictadura del proletariado debía seguir existiendo debido al cerco imperialista(15).

La verdad, sin embargo, es que en la segunda mitad de los años treinta se dibujaron los perfiles del Estado burocrático-militar, y, así, las distorsiones que experimentaba el Estado socialista aparecieron como distorsiones prácticamente *sin remedio*(16).

En otras palabras, terminó por cerrarse la posibilidad de que la democracia directa de las masas cumpliera su papel de hacer que las relaciones de producción socialistas progresaran hacia su plenitud.

En conclusión, ya entonces era una realidad que la burguesía burocrática había alcanzado posiciones más o menos importantes en el aparato del Estado.

Así, pues, sin proponérselo, con su tesis Stalin anticipó «los dos todos» de Jruschov: el «Estado de todo el pueblo» y el «partido de todo el pueblo», aunque por otro lado, pasado un tiempo –y para dibujar la paradoja–, en el folleto *Problemas económicos del socialismo en la URSS*, desarrollara la lucha contra algunas posiciones revisionistas y expusiera la ley económica fundamental del socialismo.

Esta paradoja tiene un contenido más amplio por cuanto comprende otros aspectos (que no es posible exponer aquí), y, por otra parte, expresa el hecho de que, no obstante sus errores (cierto dogmatismo, burocratismo, extralimitación de la represión), Stalin fue un gran dirigente proletario y la evaluación de su papel al frente del partido bolchevique y del Estado soviético y su actuación en el movimiento comunista internacional implica de hecho evaluar la experiencia histórica de la dictadura del proletariado en la URSS desde 1923 hasta marzo de 1953. Esta es la premisa para evaluar correctamente a Stalin.(17)

En la segunda mitad de los años de 1950, con Jruschov a la cabeza, el revisionismo usurpó el poder y dio curso a la subversión de la dictadura del proletariado, lo que en principio se expresó en la destitución del «grupo bolchevique» (Molotov, Malenkov, Kaganovich, Shepílov, etc.), en la exclusión del CC del 70% de los miembros elegidos en el XIX Congreso del PCUS (1952), y en la expulsión, entre 1963 y 1966, de casi 370,000 militantes.

Entre el XX Congreso (1956) y el XXII Congreso (1961) del PCUS, se configuraron las tesis centrales del revisionismo contemporáneo: «lucha contra el culto a la personalidad», «los dos todos», «las tres pacíficas».

Así, pues, si la tesis de Stalin según la cual las clases antagónicas habían desaparecido en la URSS fue un grave error, las tesis jruschovianas son revisionismo puro y simple.

Este revisionismo, restaurador del capitalismo sobre todo bajo la forma de capitalismo monopolista de Estado, condujo finalmente, como se sabe, a la incorporación de la patria de Lenin al mundo capitalista basado sobre todo en la propiedad privada de los medios de producción.

Las enseñanzas de la revolución de octubre

La restauración del capitalismo en Rusia (y en otros países), fue una grave derrota del proletariado, de la cual, sin embargo, es posible sacar algunas valiosas enseñanzas. Mencionemos las principales.

Primera enseñanza. La premisa *estructural* de la restauración del capitalismo es el Estado burocrático-militar, asentado en la condición inacabada de las relaciones de producción socialistas y en la parálisis de la democracia directa de las clases trabajadoras.

Segunda enseñanza. La premisa *ideológico-política* de la restauración del capitalismo es el ascenso del revisionismo al poder. El ascenso del revisionismo al poder es el ascenso de la burguesía al poder, y el ascenso de la burguesía al poder lleva a la restauración del capitalismo. Negar esta realidad es pretender borrar toda oposición entre el proletariado y la burguesía, entre el capitalismo y el socialismo, entre el marxismo-leninismo y el revisionismo.

Brevemente, es pretender encubrir la dictadura de la burguesía burocrática y la restauración del capitalismo.

Tercera enseñanza. Mientras existan las clases (así no sean antagónicas), la dictadura del proletariado es necesaria. Incluso en las condiciones del socialismo avanzado no puede desaparecer la dictadura del proletariado y, por tanto, el Estado no puede extinguirse sino hasta que la desaparición de las clases y la situación internacional permitan el paso al comunismo.

Por eso Lenin señaló: «Para suprimir las clases, es preciso, primero, derribar a los terratenientes y a los capitalistas... Para abolir las clases, es preciso, en segundo lugar, suprimir la diferencia entre los obreros y los campesinos, convertir a todos en trabajadores.» (*ibídem*, t. X, p.183; elipsis nuestra).

Cuarta enseñanza. La lucha de Lenin contra la burocracia en el Estado y en el propio Partido, no fue suficiente. Esto se comprende por el hecho de que la dictadura del proletariado era entonces una experiencia embrionaria, una experiencia prácticamente nueva. Pero en los años de 1950, no obstante la experiencia acumulada, *tampoco fue suficiente* la lucha de la dirección del PCUS. Esto se explica porque esta dirección ignoró la existencia de las clases y la lucha de clases en la sociedad soviética.

Ya en 1966, los comunistas chinos señalaron: "En la Unión Soviética, después del establecimiento de las relaciones socialistas de producción, no se emprendió seriamente la revolución cultural proletaria" (véase Kostas Mavraquis, *Sobre el trotskismo*, Ediciones Calarcá, Colombia, 1976, p. 132). Y, quince años después, Bob Avakian precisó: «... al terminarse la II guerra mundial, se planteó de manera descollante cuál sería el futuro camino de la Unión Soviética, es decir la cuestión del camino capitalista vs. el camino socialista. En cierto sentido, se podría decir que se trataba de retomar el camino socialista y que lograrlo hubiera requerido algo de la magnitud o parecido a la Revolución Cultural en China, pero eso no se dio, como todos sabemos» (*¿Conquistar el mundo? Deber y destino del proletariado internacional*, charla ofrecida en 1981 y publicada en 1982 en *Revolución*, edición especial, N° 50, p. 25).

Es decir, con la tesis según la cual las clases antagónicas no existían ya en la URSS, la dirección del PCUS

se mostró de espaldas a la salida necesaria al dilema: ¿camino socialista o camino capitalista?

Pero lo negativo arrojó finalmente algo positivo: analizando la tragedia de la URSS y afrontando el mismo problema de quién vencerá a quién en la sociedad china, Mao llegó a la teoría de la revolución cultural proletaria como el método adecuado de avanzar la solución de las contradicciones de la dictadura del proletariado, o, para decirlo de otro modo, para impulsar la construcción del socialismo, conjurar la restauración del capitalismo y desbrozar el camino al comunismo.

La revolución cultural es la movilización política de las amplias masas populares contra la burocracia estatal y partidaria y por la transformación de la concepción del mundo de la gente.

Es, brevemente, la expresión más concentrada de la revolución permanente del proletariado.

Así, pues, la transformación de la concepción del mundo de la gente es la *condición ideológica* del cumplimiento de la mencionada triple tarea.

Ahora bien, es claro que la transformación de la concepción del mundo *significa precisamente que la gente asimile la concepción comunista del mundo*; y, por supuesto, que la asimile no de forma estereotipada, sino de forma razonada y vívida.

Dicha transformación es necesaria porque, según señaló Lenin, en el socialismo el proletariado está hundido todavía en «la psicología tradicional de la sociedad capitalista», es decir, de hecho, en la ideología burguesa.

Ello quiere decir que el proletariado trae consigo los hábitos y las viejas ideas de la sociedad capitalista.

Pero no solo el proletariado, sino en mayor grado todavía las demás clases trabajadoras, cargan con el fardo de la cultura burguesa; y qué decir tiene de los elementos burgueses que, en conjunto, constituyen la herencia más pesada de la vieja sociedad.

Por tanto, la dictadura del proletariado tiene la meta de transformar la concepción del mundo de los proletarios y demás clases trabajadoras y aun de los elementos burgueses mediante periódicas revoluciones culturales.

Así, pues, sin la transformación de la concepción del mundo de la gente, no hay ni puede haber avance en la lucha por la supresión de todas las diferencias de clase en general, de todas las relaciones de producción en que éstas descansan, de todas las relaciones sociales que corresponden a estas relaciones de producción, de todas las ideas que brotan de estas relaciones sociales.

Por tanto, sin la más completa masificación de la concepción comunista del mundo, no puede haber reabsorción progresiva de las funciones de los aparatos del Estado por las clases trabajadoras, o sea, no puede avanzarse el proceso de extinción del Estado y, por esto, no podría darse el paso al comunismo.

El ritmo, las fases, las vueltas y revueltas de este proceso histórico dependen no solo de la acción consciente de la dictadura del proletariado, sino también de las condiciones objetivas tanto nacionales como internacionales.

Pero fuese como fuese, incluso teniendo que volver a empezar cien veces, el camino inaugurado por la Revolución de Octubre terminará en la extinción del Estado, en la realización del comunismo, en la concreción del humanismo proletario en toda la tierra.

Entonces, todos los hombres y todas las mujeres del mundo serán comunistas.

Conclusión

La derrota de la Revolución Rusa (ascenso del revisionismo al poder, restauración del capitalismo), no niega en absoluto que su triunfo en 1917 marcó el camino de la revolución proletaria mundial y, por tanto, el punto de arranque del paso de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad.

Más aún: dicha derrota le permitió al proletariado revolucionario encontrar el método para avanzar la causa del comunismo.

Por eso, no solo por su triunfo glorioso, sino también por su tragedia, la Gran Revolución Socialista de Octubre aparece como «el acontecimiento dominante del socialismo contemporáneo».

Notas

[1] Pero el jefe bolchevique esclareció: «Hemos heredado la vieja administración pública, y esta ha sido nuestra desgracia. Es muy frecuente que esta administración trabaje contra nosotros. Ocurrió que en 1917, después de que tomamos el poder, los funcionarios públicos comenzaron a sabotearnos. Entonces nos asustamos mucho y les rogamos: "Por favor, vuelvan a sus puestos". Todos volvieron, y ésta ha sido nuestra desgracia. Hoy poseemos una inmensidad de funcionarios, pero no disponemos de elementos con suficiente instrucción para poder dirigirlos de verdad. En la práctica sucede con harta frecuencia que aquí, arriba, donde tenemos concentrado el poder estatal, la administración funciona más o menos; pero en los puestos inferiores disponen ellos como quieren, de manera que muy a menudo contrarrestan nuestras medidas. Hombres adictos, en las altas esferas, tenemos no sé exactamente cuántos, pero

creo que, en todo caso, sólo varios miles, a lo sumo unas decenas de miles. Pero en los puestos inferiores se cuentan por centenares de miles los antiguos funcionarios que hemos heredado del régimen zarista y de la sociedad burguesa y que trabajan contra nosotros, unas veces de manera consciente, y otras inconsciente. Es indudable que, en este terreno, no se conseguirá nada a corto plazo. Tendremos que trabajar muchos años para perfeccionar la administración, renovarla y atraer nuevas fuerzas. Lo estamos haciendo a ritmo bastante rápido, quizá demasiado rápido. Hemos fundado escuelas soviéticas y facultades obreras; estudian varios centenares de miles de jóvenes; acaso estudien demasiado de prisa; pero, de todas maneras, la labor en este terreno ha comenzado y creo que nos dará sus frutos. Si no nos precipitamos demasiado en esta labor, dentro de algunos años tendremos una masa de jóvenes capaces de cambiar radicalmente nuestra administración.» (OE, t. XII, pp. 338-39). En otro lugar precisó: «No podemos construir el comunismo más que con los materiales que ha creado el capitalismo, más que con ese mecanismo culto que se ha formado en un ambiente burgués, y, por ello –cuando se habla del material humano como parte de ese mecanismo culto–, está necesariamente impregnado de psicología burguesa. En eso reside la dificultad de la edificación de la sociedad comunista, pero eso es también la garantía de la posibilidad y del éxito de dicha edificación. Lo que distingue al marxismo del viejo socialismo utópico es que este último quería construir la nueva sociedad, no con la masa de material humano engendrada por el capitalismo expoliador, inmundo, sangriento de los tenderos, sino con seres extraordinariamente virtuosos criados en estufas e invernaderos especiales. Esta idea ridícula hace reír hoy a todos y es abandonada por todos, pero no todos quieren o no todos saben meditar la doctrina opuesta, el marxismo, meditar cómo se puede (y se debe) construir el comunismo con una masa de material humano viciado por siglos y milenios de esclavitud, de servidumbre, de capitalismo, de pequeña producción de cada cual por su lado, viciado por la

guerra de todos contra todos para conquistar un puestito en el mercado, para vender a mayor precio los productos o el trabajo.» (OC, t. IX, pp. 158-59).

[2] Pero no solo el insuficiente nivel cultural, sino también el fardo que carga el proletariado. Lenin señaló: «Ninguna muralla china ha separado jamás de la vieja sociedad a los obreros, que conservan mucho de la sicología tradicional de la sociedad capitalista. Los obreros están construyendo una nueva sociedad sin haberse transformado en hombres nuevos y limpios del lodo del viejo mundo, hundidos hasta las rodillas en ese lodo. Lo único que podemos hacer es soñar en limpiarnos ese lodo. Sería la mayor utopía creer que eso puede lograrse de golpe. Sería una utopía que, en la práctica, alejaría el reino del socialismo hasta los cielos.» «No, no es así como abordamos la construcción del socialismo. La abordamos, pisando aún el terreno de la sociedad capitalista, luchando contra todas las debilidades y deficiencias que tienen también los trabajadores y que tiran del proletariado hacia abajo.» (*ibídem*, t. IX, p. 193). Estas afirmaciones demuestran que *Lenin no tenía una concepción obrerista de la dictadura del proletariado*.

[3] Esa prioridad que se les concedió a las reivindicaciones campesinas en los primeros años de la revolución, resultó del hecho de que el campesinado era la abrumadora mayoría de la población. Por eso Lenin señaló: «Nadie duda que los campesinos son en nuestro país el factor decisivo.» (*ibídem*, t. XII, p. 334).

[4] Ello no quiere decir, desde luego, que no hay que reprimir a quienes cometen acciones contrarrevolucionarias: hay que reprimirlos, sencillamente porque la revolución tiene derecho a defenderse. En *Enfermedad infantil*, Lenin señaló: «La dictadura del proletariado es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad.» Por tanto, quienes ejercen el poder del proletariado deben tener en cuenta siempre cuándo aplicar los métodos violentos y cuándo los pacíficos. Esta es una cuestión en la que juegan dos cuestiones: 1) la

correcta distinción entre las contradicciones en el seno del pueblo y las contradicciones entre nosotros y el enemigo; 2) o medidas puramente policiales o movilización política de las masas trabajadoras (sin que esta movilización, en los casos de quienes han cometido crímenes contra la revolución, no signifique, finalmente, alguna medida punitiva)

[5] Lenin señaló: «El problema de la fundación del Ejército Rojo era completamente nuevo, no se había planteado en absoluto ni siquiera en el terreno teórico. Marx dijo en alguna ocasión que fue un mérito de los federados de París haber aplicado decisiones no tomadas de ninguna doctrina preconcebida, sino dictadas por una necesidad real. Estas palabras de Marx sobre los federados tenían cierto carácter mordaz, ya que en la Comuna predominaban dos tendencias –los blanquistas y los proudhonistas– y ambas tendencias tuvieron que proceder en contra de lo que les había enseñado su doctrina. Pero nosotros hemos procedido conforme a lo que nos ha enseñado el marxismo» (*ibídem*, p. 301). «Es... indudable que los militares profesionales darán en el tiempo próximo un elevado porcentaje de traidores, lo mismo que los Kulaks, los intelectuales burgueses, los mencheviques y eseristas.» «Pero sería un error irreparable y una imperdonable falta de carácter plantear por tal causa la cuestión de modificar las bases de nuestra política militar. Nos traicionan y seguirán traicionando centenares y centenares de militares profesionales, a los que descubriremos y fusilaremos; pero con nosotros trabajan sistemáticamente y desde hace ya tiempo miles, decenas de miles de militares profesionales, sin los cuales no podría formarse el Ejército Rojo, que ha superado ya el período de la indisciplina de maldita memoria y ha sabido obtener brillantes triunfos en el Este. Hombres expertos que dirigen nuestro Departamento de Guerra indican con razón que allí donde se procede con mayor rigor en la aplicación de la política del partido con respecto a los militares profesionales y a la extirpación del espíritu de indisciplina; allí donde la disciplina es más firme, donde la labor política entre las tropas y la actividad de los comisarios

se realizan con el mayor cuidado, allí son menos, en suma, los militares profesionales deseosos de traicionar, allí son menores las posibilidades, para los que quieren traicionar, de llevar a cabo sus propósitos; allí no hay desidia en el ejército; sus formaciones y su moral son mejores y allí obtenemos más victorias.» (*ibídem*, t. X, pp. 52-3). Por otro lado, la experiencia histórica de las revoluciones presenta, entre otros, los siguientes hechos: el pueblo en armas de la Comuna de París, no obstante sus prodigios de heroísmo, fue derrotado por el ejército regular francés reorganizado en Versalles; la revolución china necesitó crear un ejército regular para derrotar a los ejércitos regulares del Kuomintang y del imperialismo japonés, acerca de lo cual Mao señaló: «La existencia de un Ejército Rojo regular bastante fuerte es una condición indispensable para la existencia del Poder rojo. Si contamos únicamente con destacamentos locales de guardias rojos y carecemos de un Ejército Rojo, sólo podremos hacer frente a las "milicias de casa por casa", pero no a las tropas blancas regulares. Así pues, aun cuando contemos con una buena base de masas obreras y campesinas, si no poseemos fuerzas regulares bastante poderosas, será absolutamente imposible crear un régimen independiente, y menos todavía uno que perdure y se desarrolle sin cesar» (*Obras Escogidas*, t. 1, p. 67). Finalmente: durante la Revolución Cultural el Ejército Popular de Liberación nunca fue puesto en cuestión: ni siquiera durante los días de la Comuna de Shanghai. Todo esto indica que las condiciones internacionales y nacionales no permiten actualmente desembarazarse sin más del ejército regular, pero sí hacen posible la existencia de las milicias populares al lado del ejército. Sin embargo, la dictadura del proletariado debe tener en cuenta la necesidad de que la función militar –y la función represiva en general–, sea también reabsorbida por las clases trabajadoras como tales tan pronto las condiciones objetivas lo permitan.

[6] Lenin señaló sobre la producción mercantil: «La dictadura del proletariado es la guerra más abnegada y más implacable de la nueva clase contra un enemigo *más*

poderoso, contra la burguesía cuya resistencia *se halla decuplicada* por su derrocamiento (aunque no sea más que en un solo país) y cuya potencia consiste, no sólo en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y la solidez de las relaciones internacionales de la burguesía, sino, además, en la fuerza *de la pequeña producción*. Pues, por desgracia, ha quedado todavía en el mundo mucha y mucha pequeña producción y ésta *engendra* al capitalismo y a la burguesía constantemente, cada día, cada hora, por un proceso espontáneo y en masa. Por todos estos motivos, la dictadura del proletariado es necesaria, y la victoria sobre la burguesía es imposible sin una lucha prolongada, tenaz, desesperada, a muerte, una lucha que exige serenidad, disciplina, firmeza, inflexibilidad y una voluntad única» (*La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*, ELE, Pekín, 1975, pp. 5-6; cursivas en el original). Estas afirmaciones demuestran que hablar de «socialismo de mercado» (como hacen los revisionistas chinos) o, repitiendo la fórmula con la frase «socialismo mercantil» (como hacen algunos revisionistas peruanos), es un completo despropósito. En el artículo *Economía y política en la época de la dictadura de proletariado*, Lenin señaló que, «... entre el capitalismo y el comunismo existe cierto período de transición. Este período no puede dejar de reunir los rasgos o las propiedades de ambas formaciones de la economía social, no puede menos de ser un período de lucha entre el capitalismo agonizante y el comunismo naciente; o en otras palabras: entre el capitalismo vencido pero no aniquilado, y el comunismo ya nacido, pero muy débil aún» (*OE*, Lenin, t. X, p. 177). Es decir que, si el socialismo es un período de lucha entre *el comunismo naciente* (entre las nacientes cuatro supresiones señaladas ya en el presente artículo) y *el capitalismo vencido pero no aniquilado* (capitalismo, pequeña producción mercantil), entonces hablar de «socialismo de mercado» o de «socialismo mercantil», es repetir el punto de vista oportunista de la democracia burguesa de pretendida etiqueta socialista (Mac Donald, Juan Longuet, Carlos Kautsky, Federico Adler, etc., etc.) que en su tiempo Lenin

desenmascaró como expresión de la conciliación «de ambas fuerzas en pugna, en lugar de dirigir la lucha de una de estas fuerzas» (*ibídem*, p. 178). Ahora bien, por cuanto esta lucha es una cuestión inherente a la dictadura del proletariado, entonces conciliar la economía socialista y la producción mercantil bajo la fórmula de «socialismo de mercado» o «socialismo mercantil», pone de manifiesto la «aversión a la lucha de clases», significa «soñar en la posibilidad de prescindir de ella, aspirar a atenuar, a conciliar y limar las agudas asperezas» (Lenin), y, por tanto, a debilitar la dictadura del proletariado, a socavarla, a transformarla en su contrario.

[7] Lenin subrayó: «El capitalismo monopolista de Estado es la preparación *material* más completa para el socialismo, su *antesala*, un peldaño de la escalera histórica entre el cual y el peldaño llamado socialismo *no hay ningún peldaño intermedio*» (*ibídem*, t. VIII, p. 159; cursivas en el original). Y como Rusia no había alcanzado el peldaño del capitalismo monopolista de Estado, entonces la dictadura del proletariado procedió a impulsarlo para llegar al peldaño del socialismo, sencillamente porque ello «no tiene nada de temible para el Poder soviético, pues el Estado soviético es un Estado en el que está asegurado el poder de los obreros y de los campesinos pobres.» Pero además, la implantación del capitalismo de Estado en la Rusia de Lenin fue necesaria porque entonces, expropiadas las clases explotadoras, «el enemigo principal» del socialismo era el capitalismo pequeño burgués de la aplastante mayoría de la población rusa, pues «No es el capitalismo de Estado el que lucha contra el socialismo, son la pequeña burguesía más el capitalismo privado los que luchan juntos, de común acuerdo, tanto contra el capitalismo de Estado como contra el socialismo. La pequeña burguesía opone resistencia a cualquier intervención del Estado, contabilidad y control tanto capitalista de Estado como socialista de Estado.» (*ibídem*, p. 153).

[8] Lenin mantuvo: «Suprimir las clases no consiste únicamente en expulsar a los terratenientes y a los

capitalistas... sino también en suprimir los pequeños productores de mercancías. Pero a éstos es imposible expulsarlos, es imposible aplastarlos; hay que entenderse con ellos, se les puede (y se les debe) transformar, reeducar tan sólo mediante una labor de organización muy larga, lenta y cautelosa» (*La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*, p. 33; elipsis nuestra).

[9] De las citas de Lenin se desprende que la dictadura del proletariado *es una dictadura de la clase y, al mismo tiempo, del partido fusionado con la clase.*

[10] Lenin se extendió al respecto: «Tengo la esperanza de haber aprendido algo en los largos años de revolución, y cuando se me injuria acusándome de traición, digo: hay que estudiar primero la historia. Si hemos querido obligar a la historia a cambiar de rumbo y hemos sido nosotros, y no la historia, los que hemos virado, ajusticiados. A la historia no se la puede convencer con discursos, y la historia demostrará que teníamos razón, que llevamos las organizaciones obreras a la Gran Revolución de Octubre de 1917, pero merced únicamente a que marchamos por encima de las frases y supimos mirar a los hechos cara a cara y aprender de ellos.» (*OE, Lenin, t. 8, p. 86*). Y, en otro lugar señaló sobre el mismo punto: «Naturalmente, los lacayos de la burguesía, sobre todo los de poca monta, como los mencheviques, los de Nóvaya Zhizn y los eseristas de derecha, soltarán la carcajada por haber reconocido nosotros que damos un paso atrás. Pero no debemos hacer caso de esas risitas. Debemos estudiar las peculiaridades del camino, tortuoso en extremo y nuevo, que lleva al socialismo, sin velar nuestros errores ni debilidades, sino procurando coronar a tiempo lo que aún nos queda por hacer. Ocultar a las masas que la incorporación de los especialistas burgueses mediante sueldos muy elevados es apartarse de los principios de la Comuna sería descender al nivel de los politicastos burgueses y engañar a las masas. En cambio, explicar abiertamente cómo y por qué hemos dado este paso atrás, discutir públicamente los medios de que disponemos para recuperar lo perdido significa educar a las masas y, con

la experiencia reunida, aprender junto a ellas a construir el socialismo. No es probable que la historia conozca una sola campaña militar victoriosa en la que el vencedor no haya cometido algunos errores, no haya sufrido derrotas parciales, no haya tenido que retroceder temporalmente en algo y en alguna parte. Y la "campaña" contra el capitalismo, comenzada por nosotros, es un millón de veces más difícil que la peor expedición militar; por lo tanto, sería necio y bochornoso dejarse dominar por el abatimiento a causa de una retirada particular y parcial» (*ibídem*, pp. 100-01).

[11] Ya ha quedado claro que Lenin procedía conforme a «una necesidad real», conforme al método marxista. Por eso señaló: «Cuando discutimos en el CEC con el camarada Bujarin, éste advirtió, entre otras cosas: en la cuestión de los sueldos elevados a los especialistas, "nosotros" (por lo visto "nosotros quiere decir los "comunistas de izquierda") "estamos a la derecha de Lenin", pues no vemos en ello ningún apartamiento de los principios, recordando las palabras de Marx de que, en determinadas condiciones, lo más conveniente para la clase obrera sería "deshacerse por dinero de toda esa cuadrilla" (precisamente de la cuadrilla de capitalistas, es decir, *indemnizar* a la burguesía por la tierra, las fábricas y demás medios de producción.» «Esta observación, de extraordinario interés, pone de relieve... que Bujarin está muy por encima de los eseristas de izquierda y anarquistas, que no se ha hundido definitivamente, ni mucho menos, en las frases huecas, sino que, por el contrario, trata de profundizar en las dificultades concretas de la transición – dolorosa y dura transición– del capitalismo al socialismo.» «Profundicemos en el pensamiento de Marx.» «Se trata de la Inglaterra de los años 70 del siglo pasado, del período culminante del capitalismo premonopolista, del país donde lo que menos había entonces era militarismo y burocracia, del país en el que existían entonces mayores probabilidades de victoria "pacífica" del socialismo en el sentido de que los obreros "indemnizaran" a la burguesía. Y Marx decía: En determinadas condiciones, los obreros no se negarán de ninguna manera a indemnizar a la burguesía. *Marx no se*

*ataba las manos -ni se las ataba a los futuros dirigentes de la revolución socialista- en cuanto a las formas, métodos y procedimientos de la revolución, comprendiendo muy bien cuán grande sería el número de problemas nuevos que se plantearían, cómo cambiaría toda la situación en el curso de la revolución, con qué frecuencia y en qué medida habría de cambiar esa situación» (ibídem, pp. 160-61; cursivas y elipsis nuestras). En general, hay que subrayar que, las condiciones nacionales e internacionales en las que se desarrollaba la Revolución Rusa, obligaron a retroceder –en un cierto grado y en algunos terrenos– desde las posiciones avanzadas que se habían alcanzado en un principio, precisamente a fin de *consolidar la dictadura del proletariado en su conjunto*. Visto este hecho histórico en el plano filosófico, hay que admitir que el mismo prueba la tesis marxista según la cual el desarrollo no se produce en línea recta, sino en espiral.*

[12] Lenin señaló con todo acierto: «Pronunciar palabras altisonantes es una propiedad de los intelectuales pequeñoburgueses desclasados» (*ibídem*, p. 148). Precisamente con esa clase de palabras, dichos intelectuales pretenden colocarse a la izquierda de Lenin. Contrariamente a los pequeño burgueses altisonantes (y hueros, por lo demás), en la conferencia *Exposición y crítica de las instituciones del régimen ruso* (19 de octubre de 1923), Mariátegui, basándose rigurosamente en los hechos (sin caer, por tanto, en «fórmulas utópicas» y «abstracciones brumosas»), dio cuenta del carácter democrático proletario del Estado soviético, y, como ya se habrá percatado el lector, *precisamente siete meses después de que Lenin dejara para siempre la actividad política*.

[13] No obstante la necesidad de tener que contar con elementos burgueses en la construcción del socialismo, Lenin sostuvo: «La revolución que hemos iniciado, que venimos haciendo ya durante dos años y que estamos firmemente resueltos a llevar hasta el fin..., es posible y factible sólo a condición de que logremos entregar el poder a la clase nueva, a condición de que la burguesía, los esclavistas

capitalistas, los intelectuales burgueses, los representantes de todos los poseedores, de todos los propietarios, sean reemplazados de abajo arriba por la nueva clase en todas las esferas de gobierno, en toda la organización estatal, en toda la dirección de la nueva vida» (*ibídem*, t. IX, pp. 188-89; elipsis nuestra). Esta afirmación, que expresa lo que se estaba haciendo en la Rusia de 1919, da cuenta del movimiento tendencial del Estado soviético, movimiento perceptible asimismo en la Rusia de marzo de 1923. Por eso, endilgarle al jefe bolchevique la configuración del Estado burocrático-militar, es injuriarlo, y, prácticamente, acusarlo de traición.

[14] Véase *Cuestiones del leninismo*, ELE, Pekín, 1977, pp. 811-815. En realidad, las relaciones de producción capitalistas pueden existir y existían de hecho enmascaradas bajo la forma jurídica de la propiedad socialista. Por eso la propiedad estatal no es sinónimo de propiedad socialista. Lenin señaló: «Las clases son grandes grupos de hombres que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción social históricamente determinado, por las relaciones en que se encuentran con respecto a los medios de producción (relaciones que las leyes refrendan y formulan en gran parte), por el papel que desempeñan en la organización social del trabajo, y, consiguientemente, por el modo y la proporción en que perciben la parte de riqueza social de que disponen. Las clases sociales son grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse el trabajo de otro por ocupar puestos diferentes en un régimen determinado de economía social» (*El socialismo utópico y el socialismo científico*, recopilación, Editorial Progreso, Moscú, s/f, p. 158). Como vemos, Lenin dice que las relaciones con respecto a los medios de producción en un determinado sistema de producción son formuladas y refrendadas por las leyes, y, por tanto, se entiende que esa formulación y este refrendo no son lo mismo que las relaciones de producción mismas, sino apenas su envoltura jurídica, por decirlo así. De esto se desprende la ilusión jurídicista (la misma en la que siguen cayendo numerosos autores) según la cual por

cuanto legalmente no existe la propiedad privada sobre los medios de producción, no existen ya las relaciones de producción capitalistas. De hecho la burguesía continuaba existiendo en los tiempos en que Stalin sostenía que «Ya no existe la clase de los capitalistas en la esfera de la industria. Ya no existe la clase de los kulaks en la esfera de la agricultura. Ya no hay comerciantes y especuladores en la esfera de la circulación de mercancías. Todas las clases explotadoras han sido, pues, suprimidas» (*ibídem*, pp. 811). A los viejos elementos burgueses sobrevivientes a la liquidación de su clase como tal, se sumó progresivamente una cantidad de nuevos burgueses que finalmente configuraron una burguesía burocrática.

[15] Véase *ibídem*, pp. 949-53. Ciertamente el cerco imperialista es una razón por la cual el Estado de la dictadura del proletariado debía continuar existiendo, pero la razón específica determinante era que las clases antagónicas en la URSS seguían siendo una realidad objetiva.

[16] No es que no se hiciera nada contra la burocracia en el aparato del Estado y en el propio Partido. Además de encabezar la lucha contra los diversos grupos oportunistas en el partido bolchevique, Stalin encabezó la lucha contra la burocracia en el aparato estatal mediante la movilización de la dirección y de la base para detectar y cazar a los viejos y nuevos burócratas, así como contra la burocracia en el Partido bajo la forma de control del Partido por las masas desde la base y el desarrollo de la democracia interna. Sin embargo, nada de eso tuvo la cualidad de una revolución cultural proletaria que movilizara a las amplias masas populares en la lucha por impulsar la construcción del socialismo, prevenir la restauración del capitalismo y avanzar la lucha por la realización del comunismo, y que, al mismo tiempo, tuviera la meta de que las masas asimilaran la concepción comunista del mundo en el curso de la misma lucha.

[17] Esta es la premisa que resuelve principistamente el problema de la pertenencia de clase de Stalin: el sucesor de Lenin es parte de la experiencia histórica del proletariado, y

en modo alguno de nuestros enemigos de clase; pero, naturalmente, esta verdad no exime de realizar la investigación histórica concreta que determine puntualmente tanto sus méritos como sus errores. Como es obvio, aquella premisa –verdadera línea demarcatoria– es el criterio básico fundamental que debe guiar la necesaria investigación histórica concreta. Estamos por la crítica a Stalin, pero nos oponemos a su negación en bloque, negación que, cuando no es la confusión mayúscula de un marxista, revela en unos casos una posición reaccionaria y en otros una posición oportunista.

12.09.2017.

